

Los zorros pardos se asemejan a las piedras de una manera tan asombrosa que se diría obra de brujería. Cuando están sobre una roca en invierno es imposible distinguirlos de la piedra; más todavía que los zorros blancos, que siempre arrojan alguna sombra o destacan sobre la nieve por su amarillenta palidez.

Un zorro pardo yace sobre su piedra como si estuviera tallado en ella, se deja barrer por el viento y la tempestad. El trasero hacia el viento, se enrosca apretado y entierra el hocico bajo la cola; entrecierra los párpados, y las pupilas se adivinan apenas. Sin embargo, no pierde de vista al hombre, que no ha movido un músculo desde que se puso al acecho bajo la nevisca, en el borde de las laderas más altas de Ásheimar... hace unas dieciocho horas. El viento helado ha gemido sobre él y la nieve ha caído copiosa, y ahora parece un simple montón de turba cubierto de nieve.

Pero el animal no puede permitirse olvidar por un instante que es un cazador.

La persecución había empezado abajo, en Botn. El cielo estaba claro y el alba tan negra como solo sabe serlo en invierno. El hombre descendió por el prado de la granja y luego ascendió hacia el norte por Ásheimar, en dirección a Litla-Bjarg. Allí no había caído aún nieve alguna.

Llegado arriba, percibió un movimiento en el borde del páramo. Se quedó inmóvil y a tientas sacó su catalejo, lo extendió y se lo puso delante del ojo bueno:

¡Sí, no cabía duda!

Por allí iba un peludo.

Pero no parecía sospechar peligro alguno. Todos sus movimientos daban a entender que lo único que le preocupaba era llenar la barriga. Por eso se comportaba con tranquilidad y prudencia, nada de lo que había a su alrededor podía desviarlo de su objetivo.

El hombre lo examinó más detenidamente.

Centró toda su mente en el animal, intentó adivinar lo que pretendía hacer y en qué dirección se alejaría en cuanto acabase de olisquear la cresta de la montaña. De pronto dio un salto y echó a correr, sin que el hombre pudiera explicarse el motivo. Todo su comportamiento indicaba que se había llevado un susto de muerte. No había forma alguna de que hubiera percibido su olor... al menos no de la forma habitual.

A menos que un misterioso presentimiento le hubiera desvelado sus intenciones:

Ese hombre quiere cazar.

El hombre ascendió la ladera. Intentaba guardar exactamente en la memoria la imagen del zorro, para que le fuera más fácil volver a encontrarlo: «Ha salido corriendo por el hielo como una flecha disparada por un arco».

En lo más alto de la cresta estudió las huellas del zorro. Midió la impresión de una pata entre el pulgar y el índice; era un animal espléndido. Entre los cristales de nieve de las yemas de sus dedos brilló un pelo: y el color, de ello no cabía duda, era pardo.

Hilachas verticales de nubes en el oeste.

Quizá una tormenta de nieve a punto de llegar.

No se ve al zorro por ningún lado.

El paisaje era inmaculado hasta donde alcanzaba la vista.

El hombre avanzó enérgico, el viento a la espalda. Ahora no importaba ya que el zorro percibiera su olor. Ya sabía que iba a por él.

De vez en cuando se detenía y miraba a su alrededor. Volvió a seguir el mismo método, concentrando todo su pensamiento en el único objetivo de calcular la dirección que podría seguir el zorro y en qué punto podría salirle al paso.

De repente comprende adónde quiere ir y en qué punto del camino podrá salirle al paso:

«El zorro corre hacia el norte por la meseta. Hace un giro violento hacia el este, allí delante están los pedregales, nada más que roca; un escondite como hecho a propósito para una raposa parda».

¿Había sido exageradamente prudente? ¿Se había concentrado excesivamente en el peligro... dando así acceso a sus pensamientos a aquel hombre? ¿Había descuidado el mantenerlo a distancia?

¿Podía aquel hombre leer los pensamientos del zorro?

Fuera en el pedregal, el viento estaba en calma y hacía un frío penetrante; solo una leve brisa acariciaba las mejillas. Muy lejos, arriba, al norte, el hombre atisbó una manchita ocre. Clavó los ojos en ella. Al rato la manchita empezó a moverse. Y poco después un zorro pardo se despegaba de la roca.

—¡Así que estaba allí!

Qué criatura tan espléndida. Negra como la ciénaga y bien peluda, con una cola magnífica, y fea como el demonio. Se alejó en ágiles saltos verticales.

El hombre echó a correr.

Y sucedió lo que esperaba; el zorro se dirigió en línea recta, directamente, hacia la nieve caída. Y justo cuando los copos arremolinados lo engullían, se quedó inmóvil, como clavado al suelo, y lanzó una mirada hacia el hombre.

Entonces echó a correr de nuevo, rapidísimo.

Un silbido atravesó el aire.

Una perdiz nival pasó a toda velocidad en vuelo bajo, muy cerca del hombre; iba empujada por una ráfaga de viento. La seguía un halcón, volaba alto, con armonioso golpeteo de alas.

El hombre se puso de espaldas al viento, ató mejor su bufanda y enredó tres veces la bandolera en el brazo derecho, hasta que el morral quedó bien sujeto a su cadera.

Justo a tiempo para la ventisca.

El hombre se abrió camino a través de la despiadada negritud.

Al principio aún tenía guijarros bajo los pies y avanzaba tolerablemente, pero pronto la nieve se hizo más espesa; caminar resultaba ahora más difícil.

Ahora tenía que depender solamente de su astucia:

«El zorro tiene un pánico infantil a las tormentas. Se entierra en un montón de nieve o se precipita de cabeza en un abismo, o huye hasta más abajo del límite del hielo; y allí se queda acurrucado hasta que todo ha pasado».

Ahora, el hombre tiene que hacer lo posible para recortar la distancia que lo separa del raposo.

El hombre fue avanzando pulgada a pulgada.

Y precisamente cuando pensaba que casi había alcanzado al zorro, la nieve se hizo más profunda, de repente. Ahora le llegaba hasta la entrepierna; y al dar el siguiente paso se quedó inmovilizado.

No podía ir adelante ni atrás; ni siquiera podía verse la mano delante de los ojos.

La nevasca lo azotaba desde todas direcciones, desde arriba y desde abajo.

Al anochecer arreció la tormenta, el hielo se colaba bajo sus ropas, pese a que eran impermeables, y sintió tanto frío que intentó calentarse un poco tiritando.

El hombre decidió dejarse cubrir por la nieve.

Y mientras intentaba mantenerse en total inmovilidad, la nieve fue acumulándose a su alrededor como una cubierta protectora inmune al viento.

Era un hombre de mediana estatura, fornido y de tronco ancho. Los rasgos de su rostro, como cortados a cincel; la frente, medianamente alta pero ancha, otorgaba personalidad al rostro. Los ojos eran pequeños, de color azul metálico, hundidos bajo unas poderosas cejas que se unían en el centro. La nariz era larga y carnosa. Bajo la barba rojiza entrecerada de plata, que cubría mejillas y mentón, no era fácil distinguir el perfil, ni la línea de la barbilla. Le llegaba hasta el pecho. Su cabello castaño rojizo empezaba a encanecer. Sobre el ala izquierda de la nariz se hinchaba una marca de nacimiento.

Ese era su aspecto; el hombre enterrado en la nieve.

La noche era fría y no terminaba.

El hombre se abrió paso por su envoltorio de hielo y salió de él.

Dio gracias a Nieve y Viento por el amparo que le habían concedido en aquel maravilloso lugar del mundo; desde allí, la mirada se extendía hasta muy lejos sobre el nívco desierto.

Ahora empezó a darse golpes y a friccionarse y una vez que hubo calentado los músculos del brazo superior se frotó los nudillos, apoyó las palmas sobre el borde de la nieve y se izó para salir de su trono.

Sí, en verdad era un hombre auténticamente afortunado.

El hombre se echó al hombro la escopeta y el morral, y no refrenó su paso hasta que hubo alcanzado Lófaklöpp; un rocoso testigo de la edad del hielo, que se yergue en las laderas altas de la montaña y sobre el que nunca permanece un solo copo de nieve.

Dejó su impedimenta, se quitó manoplas, botas de cuero y calcetines de lana y lo extendió todo a secar sobre la roca, a su lado.

Y luego, maldita sea, se despojó del resto de las ropas y quedó sentado en la roca como Dios lo trajo al mundo:

Cubierto solo por su piel desnuda.

Era un hijo de la Tierra, nieto del Sol.